

dado de caballería que se adelantó hasta la plaza mayor, habiendo visto un bastión del palacio, que por estar recién blanqueado y bruñido resplandecía á los rayos del sol, creyó que aquel edificio era de plata y volvió á toda brida á dar tan buena noticia al general. Semejantes engaños son demasiado frecuentes en aquellos que tienen la mente ofuscada por la pasión. Marcharon los españoles por las calles, no ménos alegres que maravillados al ver aquella ciudad, la mayor que hasta entónces habían visto en el Nuevo-Mundo, con tanto número de gente y tan hermosos huertos y jardines. Algunos, por su tamaño, la llamaron Sevilla, y otros, por su amenidad, Villa Viciosa.¹

Cuando llegaron al templo mayor salió á recibirlos á la puerta del atrio el señor de aquel Estado, que aunque casi incapaz de movimiento, á causa de su desmesurada gordura, era hombre hábil y de buen ingenio. Después de haber saludado é incensado á Cortés, según el uso del país, pidió venia para retirarse, prometiendo volver cuando todos hubiesen descansado de las fatigas del viaje. Alojó á toda la tropa en unos grandes y hermosos edificios que había en lo interior del templo, que quizás serían la residencia habitual de los sacerdotes, ó estarían destinados para albergue de los forasteros, como los había en el recinto del templo mayor de México. Allí fueron bien tratados y provistos de cuanto necesitaban, á expensas de aquel caudillo, el cual volvió á verlos después de comer, en una silla portátil, ó litera, y acompañado de muchos nobles. En la conferencia secreta que tuvo con Cortés, ponderó este general, por medio de sus intérpretes, la grandeza y poder de su soberano, que lo había enviado á aquellos países, encargándole muchas comisiones importantes y entre ellas la de dar auxilio á la inocencia oprimida. "Por tanto, añadió, si puedo servirlos en algo con mi persona, ó con mis tropas, decídmelo y lo haré de buena voluntad." Al oír el cempoalteca esta oferta, introducida con mucha destreza en la conversación, lanzó un profundo suspiro, al que siguió una lamentación amarga sobre las desventuras de su pueblo. Dijo que habiendo sido libres los Totonacas desde tiempo inmemorial, y regidos por señores de su propia nación, hacía pocos años que se hallaban oprimidos por el yugo de los Mexicanos; que éstos, por el contrario, de humildes principios se habían alzado á tanta grandeza, por su estrecha y constante alianza con los reyes de Acolhuacan y de Tlacopan; que se habían hecho señores de toda aquella tierra; que su poder era desmesurado y su tiranía igual á su poder; que el rey de México se apoderaba del oro de sus súbditos, y los recaudadores de los tributos requerían sus hijas para violarlas y sus hijos para sacrificarlos, además de otras inauditas vejaciones. Cortés mostró compadecerse de sus desgracias y se ofreció á darle auxilios, dejando para otra ocasión el tratar sobre el modo de verificarlo, porque por entónces le urgía pasar á Quiahuitztlá para informarse del estado de sus buques. En esta visita le hizo el cempoalteca un regalo de alhajas de oro que importó, según dicen algunos autores, cerca de mil pesos.

Al día siguiente se presentaron á Cortés cuatrocientos hombres de carga que le enviaba aquel señor para trasportar su bagaje; y entónces supo por Doña Marina el uso de aquellas naciones de suministrar espontáneamente y sin in-

¹ No puede dudarse de la antigua grandeza de Cempoala, si se atiende al testimonio de los que la vieron y á la extensión de sus ruinas; mas no debe hacerse caso del cómputo de Torquemada, que unas veces le da 25,000 habitantes, otras 50,000 y hasta 150,000 en el índice del primer tomo. A Cempoala sucedió lo mismo que á otras ciudades del Nuevo-Mundo, á saber: que con las enfermedades y los otros desastres del siglo XVI, fué disminuyéndose hasta despoblarse de un todo.

teres, aquel modo de conducción á las personas de consideración que transitaban por sus pueblos.

PRISION DE CINCO MINISTROS.

De Cempoala pasaron los españoles á Quiahuitztlá, pequeña ciudad colocada sobre un monte áspero y peñascoso, á poco más de doce millas de Cempoala, hacía el Norte, y á tres del nuevo puerto. Allí tuvo Cortés otra conferencia con el señor de aquel Estado y con el de Cempoala, que con este objeto se hizo llevar á aquel punto. En tanto que discurrían sobre los negocios de la independencia, llegaron con gran séquito cinco nobles Mexicanos, recaudadores de los tributos regios, mostrándose extraordinariamente coléricos contra los Totonacas por haber osado admitir aquellos extranjeros sin aguardar el beneplácito del monarca, y exigiendo víctimas humanas para sacrificarlas á los dioses en expiación de tanto delito. Turbóse toda la ciudad con aquella nueva, y especialmente los dos señores que se reconocían más culpables. Cortés, informado por Doña Marina de la causa de su consternación, imaginó un modo extraordinario de salir de aquel aprieto. Sugirió, pues, á los dos señores el atrevido consejo de apoderarse de los recaudadores y ponerlos en la cárcel; y aunque al principio se negaron á hacerlo, pareciéndoles un atentado tan temerario como peligroso, cedieron finalmente á sus instancias. Fueron, pues, encarcelados en las jaulas aquellos cinco personajes que habían entrado tan orgullosos en la ciudad, y con tanto desprecio de los españoles, que ni siquiera se dignaron mirarlos cuando pasaron por delante de ellos.

Apénas dieron aquel primer paso los Totonacas, cuando, reanimando su valor, se adelantaron hasta el exceso de querer sacrificar aquella misma noche á los Mexicanos; pero los disuadió Cortés, el cual, habiéndose conciliado con aquella medida el amor y el respeto de los Totonacas, quiso captarse el agradecimiento de los Mexicanos con la libertad de sus compatriotas. Esta conducta artificiosa y doble, daba sin duda muestras de su gran ingenio; mas solo podrán alabarla aquellos cortesanos cuya política se reduce al arte de engañar á los hombres, y que, no haciendo caso de lo justo, solo buscan lo útil en sus operaciones. Cortés, pues, dió orden á sus guardias de sacar por la noche de las jaulas á dos de los Mexicanos y de conducirlos cautelosamente á su presencia, sin que lo echasen de ver los Totonacas. Así se ejecutó, y los Mexicanos quedaron tan reconocidos al general español, que le hicieron mil demostraciones de gratitud y le aconsejaron que no se fiase de sus bárbaros y pérfidos huéspedes. Cortés les encargó que manifestasen á su soberano cuánto le había afligido el atentado cometido por aquellos montañeses contra sus ministros, asegurándole al mismo tiempo que pondría á los otros tres en libertad, como con ellos lo había hecho. Ellos marcharon inmediatamente para su capital, conducidos por los españoles en una barca, hasta más allá de los límites de aquella provincia, y Cortés, al día siguiente, se mostró muy encolerizado contra sus guardias por el descuido que habían tenido de dejar escapar á aquellos prisioneros. Añadió, que para que no sucediese lo mismo con los otros, quería ponerlos en prisión más estrecha; y para hacerlo creer así, los mandó conducir encadenados á sus buques: de allí á poco los puso en libertad, como á los dos primeros.

CONFEDERACION DE LOS TOTONACAS CON LOS ESPAÑOLES.

Hizo inmediatamente correr la voz por todas aquellas montañas, de que los habitantes eran libres del tributo que pagaban al rey de México, y que si llegaban otros recaudadores, se lo hiciesen saber para apoderarse de ellos. Con esta noticia se despertó en toda la nacion la dulce esperanza de la libertad, y empezaron á venir á Quiahuitztlá otros muchos señores, no ménos para dar gracias á su pretendido libertador, que para deliberar sobre los medios de asegurar su independencia. Algunos, que aun no habian arrojado de sus ánimos el miedo de los Mexicanos, eran de dictámen que se pidiese perdon al rey por el atentado cometido con sus ministros; mas prevaleció por sugestion de Cortés y de los señores de Cempoala y Quiahuitztlá, la opinion opuesta de sustraerse al tiránico dominio de Moteuczoma con el auxilio de aquellos valientes extranjeros, ofreciéndose á poner un ejército formidable bajo las órdenes del general español.

Cortés, despues de haberse asegurado suficientemente de la sinceridad de los Totonacas, é informándose de sus fuerzas, se valió de aquel momento favorable para inducir aquella numerosa nacion á prestar obediencia al rey católico. Celebróse este acto con intervencion del notario del ejército, y con todas las otras formalidades legales.

FUNDACION DE VERACRUZ.

Concluido felizmente aquel gran negocio, se despidió Cortés de aquellos señores para ir á poner en ejecucion un proyecto de suma importancia, que habia formado poco ántes, y era el de fundar en aquella costa una colonia fuerte, que pudiera servir á los españoles de refugio en sus desgracias, de punto de apoyo para mantener á los Totonacas en la fidelidad jurada, de escala para las nuevas tropas que viniesen de España ó de las islas Antillas, y de almacen y depósito de los efectos que les enviasen los naturales de aquellos países, ó que pudieran recibir de Europa. Fundóse en efecto la colonia en el país mismo de los Totonacas, en una llanura situada al pié del monte Quiahuitztlá, á doce millas al norte de Cempoala, y cerca del nuevo puerto.¹ Llamáronla Villa Rica de la Veracruz, por las muestras de riqueza que habian visto y por haber desembarcado en Viérnes Santo, y aquella fué la primera colonia de los españoles en el continente de la América Septentrional. Cortés fué el primero que echó mano á la obra para estimular á los otros con su ejemplo, y con el auxilio de los Totonacas se construyó en breve un número suficiente de casas y una pequeña fortaleza capaz de hacer alguna resistencia á los Mexicanos.

NUEVA EMBAJADA Y REGALO DE MOTEUCZOMA.

Entre tanto habian llegado á México aquellos dos recaudadores que Cortés puso en libertad y dado noticia á Moteuczoma de todo lo que habia ocurrido,

¹ Casi todos los historiadores se engañan acerca de la fundacion de Veracruz: pues cuando dicen que la primera colonia de los españoles fué la antigua, fundada sobre el rio del mismo nombre, creen que no ha habido mas que dos ciudades con el nombre de *Veracruz*, esto es, la antigua, y la moderna edificada en el mismo arenal en que desembarcó Cortés; pero no hay duda en que ha habido tres con el mismo nombre: la primera, fundada en 1519 cerca del puerto de Quiahuitztlá, que conservó despues el nombre de Villa Rica: la segunda, la antigua Veracruz, fundada en 1523 ó 1524; y la tercera, la nueva Veracruz, que hoy conserva este segundo nombre, y fué fundada por orden del conde de Monterey, virey de México, á fines del siglo XVI, y recibió de Felipe III el título de ciudad en 1615.

elogiando altamente al general español. Moteuczoma, que ya estaba decidido á enviar un ejército para castigar la insolente temeridad de los extranjeros y arrojarlos de sus dominios, se detuvo con aquella noticia, y agradecido á los servicios que aquel general habia hecho á sus ministros, le envió dos príncipes sobrinos suyos (hijos quizás de su hermano Cuitlahuatzin), acompañados de muchos nobles y servidumbre, y con un regalo de alhajas de oro que importaban más de dos mil pesos. Dieron gracias á Cortés en nombre del rey y juntamente se le quejaron de haber hecho amistad con los rebeldes Totonacas, porque esta nacion habia tenido la insolencia de negar el tributo que debía á su soberano. Añadieron, que solo por respeto á tales huéspedes, no habia venido ya un ejército á castigar la rebelion de aquellos pueblos, pero que al fin no quedarían impunes. Cortés, despues de haber significado con las expresiones más convenientes su gratitud, procuró defenderse de la acusacion sobre la amistad de los Totonacas, alegando la necesidad en que se habia visto de buscar víveres para sus tropas, á causa de haber sido abandonado por los Mexicanos. Dijo además, que por lo que respectaba al tributo, no era posible que aquella nacion sirviese juntamente á dos señores: que él esperaba pasar en breve á la corte para satisfacer más completamente al rey y hacerle ver la sinceridad de su conducta. Los dos príncipes, despues de haber visto con gran placer y admiracion el ejercicio militar de la caballería española, regresaron á la capital.

DESTRUCCION DE LOS IDOLOS DE CEMPOALA.

El señor de Cempoala, á quien habia desagradado mucho la última embajada de los Mexicanos, para estrechar más y más su alianza con los españoles, presentó á Cortés ocho doncellas bien vestidas, á fin de que se casasen con los capitanes, y entre ellas habia una sobrina suya que destinaba al mismo general. Cortés, que habia hablado muchas veces con él sobre la religion, le respondió que no podia aceptarlas, si ántes no renunciaban la idolatría y abrazaban el cristianismo; y de aquí tomó ocasion para explicarle de nuevo las puras y santas verdades de nuestra religion, y declamó con la mayor energía contra el culto de aquellos falsos númenes, especialmente contra la horrenda crueldad de sus sacrificios. A tan fervorosa exhortacion, respondió el cempoalteca, que aunque apreciaba altamente su amistad, no podia complacerlo en abandonar el culto de sus dioses, de cuyas manos recibian aquellos pueblos la salud, la abundancia y todos los bienes que poseian, y de cuya cólera, provocada por su ingratitud, debian temer los más severos castigos. Inflamóse más con esta respuesta el celo de Cortés, y volviéndose á sus soldados, les dijo: "Vamos, españoles, ¿qué aguardamos? ¿Cómo podemos sufrir que estos que se jactan de ser nuestros amigos, den á las estatuas é imágenes abominables del demonio el culto que se debe á nuestro único y verdadero Dios? ¿Cómo permitimos que diariamente y á nuestra vista les sacrifiquen víctimas humanas? Animo, soldados: ahora es ocasion de manifestar que somos españoles y que hemos heredado de nuestros abuelos el celo ardiente en favor de nuestra religion. Destroce-mos sus idolos y quitemos de la vista de estos infieles ese perverso fomento de su supersticion. Si así lo conseguimos, haremos un gran servicio á Dios: si morimos en la empresa, él nos recompensará con la gloria eterna el sacrificio que le haremos de nuestras vidas."

El cempoalteca, que en el semblante de Cortés y en los movimientos de los soldados descubria claramente su intento, hizo señal á su gente que se aperci-

biese á la defensa de sus dioses. Empezaban ya los españoles á subir las escaleras del templo, cuando los Cempoaltecas, atónitos é indignados, gritaron que se guardasen de cometer aquella tropelía, si no querían que se desplomase sobre ellos toda la cólera de sus númenes. No siendo Cortés capaz de intimidarse con sus amenazas, les respondió que ya muchas veces los había amonestado que dejasen aquella infame superstición: que pues no habían querido tomar un consejo tan provechoso, tampoco queria él conservar por más tiempo su amistad: que si los mismos Totonacas no se decidían á quitar de en medio aquellos abominables simulacros, él con su gente los haría pedazos; y por último, que se guardasen de cometer la menor hostilidad contra los españoles, porque inmediatamente los atacarían ellos con tanto furor, que ni uno solo dejarían con vida. A estas amenazas añadió Doña Marina otra más eficaz, á saber: que si querían oponerse al intento de aquellos extranjeros, en vez de aliarse con los Totonacas contra los Mexicanos, se unirían con los Mexicanos contra los Totonacas y en este caso sería inevitable su ruina. Esta razón apaciguó el primer ardor del celo del cempoalteca; y siendo más poderoso en su ánimo el miedo de los Mexicanos que el de sus dioses, dijo á Cortés que hiciese lo que le agradase, pues él no tenía bastante valor para poner sacrílegamente las manos en los simulacros de sus divinidades. Apenas tuvieron el permiso los españoles, cuando cincuenta soldados, subiendo apresuradamente á la parte superior del templo, arrebataron los ídolos de los altares y los arrojaron por las escaleras. Los Totonacas, entretanto, llorando á lágrima viva, y cubriéndose los ojos por no ver aquella profanación, rogaban con voz doliente á sus dioses que no castigasen en la nación la temeridad de aquellos extranjeros; pues ellos no podían impedir, sin ser sacrificados al furor de los Mexicanos. Sin embargo, algunos, ó ménos cobardes ó más celosos del honor de sus númenes, se disponían á tomar venganza de los españoles, y hubieran venido á las manos, si éstos no se hubieran apoderado del señor cempoalteca y de cinco de los principales sacerdotes, y si amenazándolos con la muerte, no los hubieran obligado á comprimir el ímpetu de sus compatriotas.

Después de una acción tan osada, en la que no tuvo parte la prudencia, mandó Cortés á los sacerdotes que quitasen de su vista y arrojasen al fuego los fragmentos de los ídolos. Fué prontamente obedecido, y lleno entonces de júbilo, como si al aniquilar los ídolos hubiera destruido la idolatría y extirpado en aquellos pueblos la superstición, dijo al señor de Cempoala que aceptaba de buena voluntad las ocho doncellas que le ofrecía; que de entonces en adelante miraría á los Totonacas como sus amigos y hermanos, y que en todas sus necesidades los ayudaría contra sus enemigos; que pues ya no debían ser adoradas aquellas detestables imágenes del demonio, quería colocar en el mismo templo la de la Madre del verdadero Dios, á fin de que la reverenciasen é implorasen su protección. Entró en seguida en un largo razonamiento sobre la santidad de la religión cristiana; y cuando lo hubo concluido, mandó á los albañiles cempoaltecas quitasen de las paredes del templo aquellas horribles manchas de sangre humana que se conservaban como trofeos de su inhumano culto, y que las puliesen y blanqueasen. Después mandó construir un altar, al uso de los cristianos, y colocó sobre él la imagen de María Santísima. Cometiéndole al cuidado de cuatro sacerdotes cempoaltecas el nuevo santuario, encargándoles que estuviesen siempre aseados y vestidos de blanco, en lugar del triste ropaje negro que usaban, por causa de su ministerio. A fin de que nunca faltasen luces delante de aquella sagrada imagen, les enseñó el uso de la cera que las

abejas trabajaban en sus montañas; y para que en el tiempo de su ausencia no fuesen repuestos los ídolos ni profanado de ningún modo el santuario, dejó en él á uno de sus soldados, llamado Juan Torres, que por su avanzada edad era poco útil en la guerra, y que hizo á Dios el sacrificio de permanecer entre aquellos infieles, para promover su culto. Las ocho doncellas, después de haber sido suficientemente instruidas, recibieron el santo bautismo, tomando el nombre de Doña Catalina, la sobrina del señor de Cempoala, y el de Doña Francisca, la hija de Cuexco, uno de los principales señores de aquella nación.

De Cempoala volvió Cortés á la nueva colonia de Veracruz, donde tuvo el consuelo de reforzar su pequeño ejército con dos capitanes y diez soldados que llegaron de Cuba, á los que se agregaron, de allí á poco, otros seis hombres, que fueron tomados por engaño de un buque de la Jamaica.

CARTAS DE CORTÉS Y DEL EJÉRCITO AL REY CATOLICO.

Antes de emprender el viaje á México quiso Cortés dar cuenta á su soberano de todo lo que hasta entonces le había ocurrido; y á fin de que sus noticias fueran mejor recibidas, envió todo el oro que se había reunido, cediendo su parte, por sugestión del mismo general, cada uno de los oficiales y soldados de la expedición. Cortés en aquella carta prevenía al rey contra las tentativas del gobernador de Cuba. Otras dos se le escribieron, una firmada por los magistrados de la nueva colonia y otra por los principales oficiales de las tropas, y en ellas le rogaban que aprobase cuanto habían hecho y que confirmase los cargos de capitán general y de primer juez, conferidos por los votos de toda la armada, á Cortés, á quien recomendaban con los más magníficos elogios. Estas cartas, juntamente con el regalo de oro, fueron enviadas á España con los dos capitanes Alonso Hernandez de Portocarrero y Francisco de Montejo, que se hicieron á la vela el 16 de Julio de 1519.

ACCION FAMOSA DE CORTÉS.

Apenas habían salido aquellos procuradores, cuando Cortés, que siempre tenía ocupada la mente en altos designios, llevó á cabo una empresa, que por sí sola bastaría á dar á conocer su magnanimidad y á inmortalizar su nombre. Para quitar á sus soldados toda esperanza de volver á Cuba, y para reforzar su ejército con los marineros de la escuadra, después de haber castigado con el último suplicio á dos de sus soldados que maquinaban traición y fuga en uno de los buques, y con otras menores penas corporales á tres de sus cómplices, indujo á fuerza de razones y ruegos á dos de sus confidentes y á uno de los pilotos de quien más se fiaba, á barrenar en secreto uno ó dos de los buques, y á persuadir á todos que se habían perdido por estar agujereados por la broma, manifestándole á él, de un modo público, que los otros no podían servir por la misma causa; lo que no debía parecer extraño, habiendo estado parados tres meses en el puerto. Valióse de este engaño para que no se conjurase contra él la gente, hallándose reducida á la necesidad de vencer ó morir. Todo se hizo como lo había dispuesto, y con el consentimiento de todo el ejército, después de haber sacado de los bajeles las velas, las cuerdas, la clavazón y todo cuanto podía ser de alguna utilidad. "Así fué, dice Robertson, como por un esfuerzo de magnanimidad, que no tiene ejemplo en la historia, quinientos hombres convinie-

ron voluntariamente en encerrarse en un país enemigo, lleno de naciones poderosas y desconocidas, cerrados todos los caminos á la fuga, y sin otro recurso que su valor y su perseverancia." Yo no dudo que la atrevida empresa que Cortés meditaba hubiera sido del todo imposible, á no haber tomado aquella resolución; pues los soldados, á vista de los grandes obstáculos que á cada paso encontraban, hubieran esquivado el peligro con la fuga, y el mismo general se hubiera visto obligado á seguirlos.

VIAJE DE LOS ESPAÑOLES AL PAIS DE LOS TLAXCALTECAS.

Libre de estas inquietudes, ratificada la alianza con los Totonacas, y dadas las órdenes convenientes para el adelanto y la seguridad de la nueva colonia, pensó Cortés en hacer su viaje á México. Dejó en Veracruz cincuenta hombres al mando del capitán Juan de Escalante, uno de los mejores oficiales del ejército; encargó á los Cempoaltecas que ayudasen á los españoles á concluir la fortaleza, y que les suministrasen los víveres necesarios, y se puso en camino el 16 de Agosto, con cuatrocientos quince peones españoles, diez y seis caballos, doscientos *Tlamama*, ú hombres de carga, para el transporte de los bagajes y de la artillería, y con algunas tropas totonacas, entre las cuales iban cuarenta nobles, que Cortés tomó consigo, ó como auxiliares para la guerra, ó como rehenes de aquella nación. Los tres principales se llamaban, según algunos autores, *Tcuch*, *Mamexi* y *Tamalli*.

Encaminóse por Talapan y Texotla, y después de haber atravesado con suma fatiga algunas montañas desiertas donde el aire era en extremo rígido, llegó á Xocotla, ¹ ciudad considerable y con buenos edificios, entre los cuales se alzaban trece templos y el palacio del señor, construido de cal y canto, compuesto de un gran número de buenas salas y cámaras, y que era la fábrica más completa que los españoles habían visto hasta entónces en el Nuevo-Mundo. Tenía el rey de México en aquel pueblo y en los caseríos que de él dependían, veinte mil vasallos y cinco mil Mexicanos de guarnición. Olintetl (que así se llamaba el señor de Xocotla), salió á recibir á los españoles y los alojó cómodamente en la ciudad; pero en el suministro de víveres se mostró al principio algún tanto escaso, hasta que por los informes de los Totonacas adquirió una idea más ventajosa de su valor, de la fuerza de sus armas y de sus caballos. En la conferencia que tuvo con el general español, uno y otro ponderaron á porfía la grandeza y el poder de sus respectivos soberanos. Cortés exigía inconsideradamente que aquel señor prestase obediencia al rey católico y diese alguna cantidad de oro en reconocimiento de su vasallaje. ¹ "Tengo mucho oro, respondió Olintetl; pero no quiero darlo sin consentimiento expreso de mi rey." "Yo haré dentro de poco, respondió Cortés, que os mande darme el oro y todo cuanto poseéis." "Si así lo manda, repuso Olintetl, no solo os daré el oro y todo cuanto poseo, sino también mi persona." Pero lo que no pudo obtener Cortés de aquel señor con sus amenazas, lo consiguió de la liberalidad de dos personajes de aquel valle que fueron á visitarlo á Xocotla y le presentaron algunos collares de oro y siete ú ocho esclavas. Hallóse perplejo Cortés sobre el camino que debía tomar para llegar á México. El señor de Xocotla y los comandantes de la guarnición mexicana le aconsejaban que se encaminase por

¹ Bernal Díaz y Solís llaman á esta ciudad *Zocotlan*; lo que puede inducir á error á los lectores, pues sería fácil confundirla con la de *Zacatlan*, situada á distancia de treinta millas de Tlaxcala, hácia el Norte.

Cholula; pero él creyó más seguro el dictámen de los Totonacas, que preferían pasar por Tlaxcala; y en efecto, hubiera perecido en Cholula con toda su tropa, si hubiese ido allí en derechura, como se inferirá de lo que después diré. Para obtener de los Tlaxcaltecas el permiso de pasar por su país, envió al senado cuatro mensajeros, de los mismos Cempoaltecas que lo acompañaban; mas éstos, como luego veremos, no hicieron la propuesta en nombre de los españoles, sino en el de los Totonacas, ó porque así se los mandó el general español, ó porque á ellos les pareció más conveniente.

De Xocotla pasó el ejército á Iztacmaxtitlan, cuya población se extendía por diez ó doce millas, en dos filas no interrumpidas de casas edificadas sobre las dos márgenes de un riachuelo que corre por medio de aquel largo y estrecho valle. La ciudad, que propiamente tenía aquel nombre, que se componía de bellos edificios y de una población de cerca de seis mil almas, ocupaba la cima de un monte alto y escabroso, cuyo señor fué uno de aquellos dos personajes que visitaron y regalaron á Cortés en Xocotla. A la natural aspereza del sitio, había añadido el arte buenas murallas, con sus barbancas y fosos; ¹ pues siendo aquella plaza fronteriza de los Tlaxcaltecas, estaba más expuesta á sus invasiones. Allí fueron muy bien acogidos y regalados los españoles.

ALTERACIONES DE LOS TLAXCALTECAS.

Entre tanto se ventilaba en el senado de Tlaxcala su solicitud, toda aquella gran ciudad se había alterado con la noticia de la llegada de los extranjeros, y especialmente con los pormenores que dieron los mensajeros cempoaltecas, de su aspecto y de su valor, del tamaño de sus buques, de la agilidad y violencia de sus caballos, y del espantoso tronido y fuerza destructora de su artillería. Regian á la sazón aquella república Xicotencatl, señor del cuartel de Tizatlan; Maxixcatzin, señor del de Ocotelolco, y general de las armas de la república; Tlehuexolotzin, señor de Tepeticpac, y Citlalpopocatzin, señor de Quiahuiztlan. Los Cempoaltecas fueron cortesmente recibidos y alojados en la casa destinada para morada de los embajadores, ² y después que reposaron y comieron, se les introdujo en la sala del senado, para exponer su mensaje. Allí, después de haber hecho una profunda inclinación y todas las otras ceremonias acostumbradas en semejantes casos, uno de ellos tomó la palabra y dijo: "Muy grandes y valientes señores, los dioses os den prosperidad y victoria contra todos vuestros enemigos. El señor de Cempoala y con él toda la nación de los Totonacas, os saludan y os hacen saber que de parte de Levante han llegado á nuestro país, en unos grandísimos barcos, ciertos héroes fuertes y sumamente valerosos, con cuyo auxilio venimos á libertaros del tiránico dominio del rey de México. Ellos dicen que son súbditos de un poderoso monarca en cuyo nombre quieren visitaros, ofreciéndose á daros noticia del verdadero Dios, y á prestaros ayuda contra vuestro antiguo y capital enemigo. Nuestra nación, por la estrecha amistad con vuestra república, que constantemente ha cultivado, os aconseja que recibais como amigos á estos héroes, los cuales, aunque pocos, va-

¹ Cortés en sus Cartas compara aquella fortaleza á las mejores de España.

² Bernal Díaz del Castillo dice que los mensajeros fueron dos, y que inmediatamente después de su llegada á Tlaxcala, fueron puestos en la cárcel; pero el mismo Cortés que los envió afirma que eran cuatro, y del contexto de su relación se infiere que Bernal Díaz no tuvo buenos informes acerca de lo que ocurrió en Tlaxcala. La narración de este escritor, contraria á la de los otros historiadores españoles é indios, ha inducido á error á muchos escritores modernos, y entre ellos á Robertson.